

El punto sobre la i de Norberto Beberide

Muchas veces hemos oído la admiración de los extraños por Villafranca. El paisaje del «anfiteatro vasto y natural» que me suena a «España Sagrada» del Padre Flórez. La nobleza de las piedras y la singular disposición con que el tiempo las ha ido ordenando, o incluso desordenando. El yantar, el vino, las aguas trucheras de los ríos. Pero, sobre todo, la personalidad de las gentes. La personalidad, de esa tarjeta de identidad individual que tantos villafranquinos conforman sin saberlo, sin quererlo, con sus palabras y sus actos.

Tocante a Norberto Beberide, lo que viene a hacerlo separado y distinto -señero si recabamos para el vocablo su significación primerísima- es esta paradoja flagrante: la racionalidad de su bohemia.

Al recoleto -pero pugnaz- artista villafranquino de la plaza, le sienta bien una aureola de anarquías a juego con su cabeza de iluminado, con sus ojos de fragua y avizores, con las idas y venidas desordenadas que a veces declaran por los soportales el sobresalto de la creación interior.

Pero no nos engañemos. Sobre el apasionado tumulto de nuestro pintor se impone siempre la propia autoridad, el rigor; esa última instancia inapelable que va a decidir el vigor exacto de la mano, y a escoger el color, y a sentender [sic] sobre la temperatura de la emoción que es justo y necesario repartir...

Por lo demás, serían ganas de extrañarse, si se piensa que «en tiempo y forma» (como rezan los jurisperitos) nos anticipó su talante definitorio. Teorizamos mucho sobre alabanzas de villa y menosprecios de corte, verano tras verano llegamos a Villafranca para charlar de proyectados regresos. Pero todos terminamos concediéndoles moratorias cobardes a nuestros sueños. Él, no. Norberto volvió de verdad, repleto de vivencias triunfales pero en la flor de una juventud que autorizaba todas las expectativas. Volvió un día como quien viene a pasar el Cristo. Entonces fue su ademán radical, cuando dejó que se marchara la banda con «la Cirila» o el pasacalles que fuese, y que apañaran los papelillos de colores, y que partiera el último tren de las forasteras. Un gesto pálido y romántico, pero gobernado por el timón implacable de la lucidez.

Ahora que es la hora de las recapitulaciones y contemplamos los óleos, las acuarelas, los grabados y los retratos de trazo maestro, todo, todo nos está diciendo que el artista no se «encerró» en Villafranca. Que el mundo, ancho pero no ajeno, aparece metido en ese punto redondo y un poco irónico con que Beberide suele coronar la «i» de su firma. Que nadie más libre que Norberto.

Antonio PEREIRA